



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro

Miércoles 6 de noviembre de 2013

Vídeo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado hablé de la comunión de los santos, entendida como comunión entre las personas santas, es decir, entre nosotros creyentes. Hoy desearía profundizar otro aspecto de esta realidad: ¿recordáis que había dos aspectos: uno la comunión, la unidad entre nosotros, y, el otro aspecto, la comunión con las cosas santas, *con los bienes espirituales*? Las dos realidades están estrechamente relacionadas entre sí. En efecto, la comunión entre los cristianos crece mediante la participación en los bienes espirituales. En particular consideramos: *los Sacramentos, los carismas y la caridad*. (cf. *Catecismo de la Iglesia católica* nn. 949-953). Nosotros crecemos en unidad, en comunión con: los Sacramentos, los carismas que cada uno tiene del Espíritu Santo y con la caridad.

Ante todo, la *comunión con los Sacramentos*. Los Sacramentos expresan y realizan una comunión efectiva y profunda entre nosotros, puesto que en ellos encontramos a Cristo Salvador y, a través de Él, a nuestros hermanos en la fe. Los Sacramentos no son apariencias, no son ritos, sino que son la fuerza de Cristo; es Jesucristo presente en los Sacramentos. Cuando celebramos la Eucaristía es Jesús vivo quien nos congrega, nos hace comunidad, nos hace adorar al Padre. Cada uno de nosotros, en efecto, mediante el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, está incorporado a Cristo y unido a toda la comunidad de los creyentes. Por lo tanto, si por un lado es la Iglesia la que «hace» los Sacramentos, por otro son los Sacramentos que «hacen» a la Iglesia, la edifican, generando nuevos hijos, agregándolos al pueblo santo de Dios, consolidando su pertenencia.

Cada encuentro con Cristo, que en los Sacramentos nos dona la salvación, nos invita a «ir» y comunicar a los demás una salvación que hemos podido ver, tocar, encontrar, acoger, y que es verdaderamente creíble porque es amor. De este modo los Sacramentos nos impulsan a ser misioneros, y el compromiso apostólico de llevar el Evangelio a todo ambiente, incluso a los más hostiles, constituye el fruto más auténtico de una asidua vida sacramental, en cuanto que es participación en la iniciativa salvífica de Dios, que quiere donar a todos la salvación. La gracia de los Sacramentos alimenta en nosotros una fe fuerte y gozosa, una fe que sabe asombrarse ante las «maravillas» de Dios y sabe resistir a los ídolos del mundo. Por ello, es importante recibir la Comunión, es importante que los niños estén bautizados pronto, que estén confirmados, porque los Sacramentos son la presencia de Jesucristo en nosotros, una presencia que nos ayuda. Es importante, cuando nos sentimos pecadores, acercarnos al sacramento de la Reconciliación. Alguien podrá decir: «Pero tengo miedo, porque el sacerdote me apaleará». No, no te apaleará el sacerdote. ¿Tú sabes a quién te encontrarás en el sacramento de la Reconciliación? ¡Encontrarás a Jesús que te perdona! Es Jesús quien te espera allí; y éste es un Sacramento que hace crecer a toda la Iglesia.

Un segundo aspecto de la comunión con las cosas santas es el de la *comunión de los carismas*. El Espíritu Santo concede a los fieles una multitud de dones y de gracias espirituales; esta riqueza, digamos, «fantasiosa» de los dones del Espíritu Santo tiene como fin la edificación de la Iglesia. Los carismas —palabra un poco difícil— son los regalos que nos da el Espíritu Santo, habilidad, posibilidad... Regalos dados no para que queden ocultos, sino para compartirlos con los demás. No se dan para beneficio de quien los recibe, sino para utilidad del pueblo de Dios. Si un carisma, en cambio, uno de estos regalos, sirve para afirmarse a sí mismo, hay que dudar si se trata de un carisma auténtico o de que sea vivido fielmente. Los carismas son gracias particulares, dadas a algunos para hacer el bien a muchos otros. Son actitudes, inspiraciones e impulsos interiores que nacen en la conciencia y en la experiencia de determinadas personas, quienes están llamadas a ponerlas al servicio de la comunidad. En especial, estos dones espirituales favorecen a la santidad de la Iglesia y de su misión. Todos estamos llamados a respetarlos en nosotros y en los demás, a acogerlos como estímulos útiles para una presencia y una obra fecunda de la Iglesia. San Pablo exhortaba: «No apaguéis el espíritu» (1 Ts 5, 19). No apaguemos el espíritu que nos da estos regalos, estas habilidades, estas virtudes tan bellas que hacen crecer a la Iglesia.

¿Cuál es nuestra actitud ante estos dones del Espíritu Santo? ¿Somos conscientes de que el Espíritu de Dios es libre de darlos a quien quiere? ¿Les consideramos una ayuda espiritual, a través de la cual el Señor sostiene nuestra fe y refuerza nuestra misión en el mundo?

Y llegamos al tercer aspecto de la comunión con las cosas santas, es decir, *la comunión de la caridad*, la unidad entre nosotros que produce la caridad, el amor. Los paganos, observando a los primeros cristianos, decían: ¡cómo se aman, cómo se quieren! No se odian, no hablan mal unos de otros. Esta es la caridad, el amor de Dios que el Espíritu Santo nos pone en el corazón. Los

carismas son importantes en la vida de la comunidad cristiana, pero son siempre medios para crecer en la caridad, en el amor, que san Pablo sitúa sobre los carismas (cf. *1 Cor 13, 1-13*). Sin amor, en efecto, incluso los dones más extraordinarios son vanos. Este hombre cura a la gente, tiene esta cualidad, esta otra virtud... pero, ¿tiene amor y caridad en su corazón? Si lo tiene, bien; pero si no lo tiene, no es útil a la Iglesia. Sin amor todos estos dones y carismas no sirven a la Iglesia, porque donde no hay amor hay un vacío que lo llena el egoísmo. Y me pregunto: ¿podemos vivir en comunión y en paz, si todos nosotros somos egoístas? No se puede, por esto es necesario el amor que nos une. El más pequeño de nuestros gestos de amor tiene efectos buenos para todos. Por lo tanto, vivir la unidad en la Iglesia y la comunión de la caridad significa no buscar el propio interés, sino compartir los sufrimientos y las alegrías de los hermanos (cf. *1 Cor 12, 26*), dispuestos a llevar los pesos de los más débiles y pobres. Esta solidaridad fraterna no es una figura retórica, un modo de decir, sino que es parte integrante de la comunión entre los cristianos. Si lo vivimos, somos en el mundo signo, «sacramento» del amor de Dios. Lo somos los unos para los otros y lo somos para todos. No se trata sólo de esa caridad menuda que nos podemos ofrecer mutuamente, se trata de algo más profundo: es una comunión que nos hace capaces de entrar en la alegría y en el dolor de los demás para hacerlos sinceramente nuestros.

A menudo somos demasiado áridos, indiferentes, distantes y en lugar de transmitir fraternidad, transmitimos malhumor, frialdad y egoísmo. Y con malhumor, frialdad y egoísmo no se puede hacer crecer la Iglesia; la Iglesia crece sólo con el amor que viene del Espíritu Santo. El Señor nos invita a abrirnos a la comunión con Él, en los Sacramentos, en los carismas y en la caridad, para vivir de manera digna nuestra vocación cristiana.

Y ahora me permito pedir un acto de caridad: podéis estar tranquilos que no se hará una colecta. Antes de venir a la plaza fui a ver a una niña de un año y medio con una enfermedad gravísima. Su papá y su mamá rezan, y piden al Señor la salud para esta hermosa niña. Se llama Noemi. Sonreía, pobrecita. Hagamos un acto de amor. No la conocemos, pero es una niña bautizada, es una de nosotros, es una cristiana. Hagamos un acto de amor por ella y en silencio pidamos que el Señor le ayude en este momento y le conceda la salud. En silencio, un momento, y luego rezaremos el Avemaría. Y ahora todos juntos recemos a la Virgen por la salud de Noemí. Avemaría... Gracias por este acto de caridad.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España, México, Panamá, Argentina y los demás países latinoamericanos. Que María Santísima haga de todos nosotros discípulos misioneros, que dan gratis las gracias recibidas. Muchas gracias.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana